

El castillo de Kafka: la arquitectura de la burocracia y la exclusión

Dalia Gómez Martínez

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

ORCID: 0000-0002-1113-5045

FRANZ KAFKA PERDIÓ LA VIDA el 3 de junio de 1924, poco antes de que se descubriera una versión más efectiva de la vacuna contra la tuberculosis, enfermedad que terminó con él. Kafka, siendo abogado de profesión, solo había publicado en vida un par de relatos. Sin embargo, fue gracias a la intervención del crítico de arte Max Brod, su amigo y albacea, que lo publicó de manera póstuma y en contra de su última voluntad, que se conoció su obra, convirtiéndolo en una de las figuras literarias más emblemáticas y representativas del siglo XX.

Brod se dedicó a recopilar la obra de Kafka. De esta manera verían la luz *El proceso* (1925), *El castillo* (1926) y *América* (1927), tres de las novelas póstumas más importantes. En la conmemoración de su centésimo aniversario luctuoso, es importante señalar la obra de Kafka como algo inacabado, no solo porque esas novelas fueron publicadas inconclusas; sino porque, al ser interpretada por otros grandes autores, su obra se mantiene vigente y da pie a nuevas propuestas que se pueden apreciar en el teatro, el cine, la televisión o la arquitectura.

Para Muñoz Rebolledo, la obra de Kafka surge en un momento de caos político, en el que la humanidad se encontraba entre la incertidumbre de la primera posguerra y de la incipiente industrialización, sin saber cómo reaccionar ante el inminente y radical cambio de lo hasta entonces conocido.¹ De esta manera, no es de extrañar que la obra de Kafka plasme un sentido de pesimismo, enfrentando a algunos de sus personajes a la angustia existencial de una posible vida sin gozo. Ejemplo de esto podrían ser Gregorio Samsa en *La Metamorfosis* (1915), Josef K. en *El Proceso* (1925) o el propio K. en *El castillo* (1926), quienes son personajes que

¹ María Dolores Muñoz Rebolledo, "La arquitectura en El castillo de Kafka". *Arquitecturas del sur*, 18, 9 (1992), pp. 6-10.



reflejan el miedo de asumir el peso de su propia existencia o de enfrentarse a un futuro poco alentador.

Es justo en *El castillo* donde no solo encontramos un K. completamente perdido por la incertidumbre de sus acciones, sino que coincide con algunos de los adjetivos que representan de manera general la obra del escritor checo: existencialista, expresionista, arquitectónica, incoherente, jerárquica, pavorosa. A casi un siglo de su publicación, la atemporalidad de esta novela evidencia un modelo de escritura capaz de adaptarse a una realidad social contemporánea, caótica, errante y políticamente convulsa que nos hace cuestionarnos cómo nos hemos construido socialmente, qué espacios habitamos y cómo, dentro de ellos, nos relacionamos con los otros a partir de los horrores de la vida.

El castillo cuenta la historia del viajero K., un agrimensor que llega a una remota aldea a las faldas de un castillo. Él ha viajado desde muy lejos para realizar un trabajo solicitado por el Conde de Westwest, amo y señor de la imponente y extensa construcción. K. no sabe bien a bien a dónde ha llegado y desde el inicio los habitantes del pueblo le hacen saber que no pertenece a ese lugar. Este personaje busca repetidamente visitar al conde en el castillo para validar su estancia en la aldea, ¿por qué no lo haría? si finalmente es desde ahí que han solicitado sus servicios y solamente busca cumplir con la tarea asignada. Es en-

tonces que intenta contactarse con los sirvientes del conde, los funcionarios del castillo, la burocracia.

Por otra parte, la misma aldea es un espacio infranqueable para él, no puede transitarla, ya que sus dimensiones son inciertas, las veredas siempre lo llevan a las faldas del castillo, pero nunca cerca de la extraña estructura:

[...] el camino era largo. La calle, aquella calle principal del pueblo, no llevaba al cerro del castillo; solo se acercaba, pero luego, como deliberadamente, se apartaba y, aunque no se alejaba del castillo, tampoco se acercaba más a él. K. esperaba continuamente que la calle torciera por fin hacia el castillo, [...] y lo asombraba también la longitud de aquel pueblo, que no terminaba nunca.²

K. no alcanzará nunca el castillo y mucho menos a realizar las mediciones de un lugar que no conoce, por meses solo deambulará y se perderá continuamente entre la infranqueable sociedad de la aldea, incluso la hostilidad del espacio nevado y agreste le imposibilitará la exploración. En varios momentos quiere volverse uno de ellos, lograr comprenderlos para alcanzar la gracia del castillo y ser parte de la administración, pero ese deseo de pertenencia choca con la falsificación del otro, personajes que funcionan plenamente en un mundo de reglas sin sentido para K. Pepi lo demuestra al hablar de una Frieda que se maneja con soltura en estos espacios: “Conoce



² Franz Kafka, *El castillo* (pról. Jordi Llovet). Penguin Random House, México, 2023, p. 24.

a la gente y ese es su verdadero arte. Y miente rápidamente y engaña, para que la gente no tenga tiempo de mirarla mejor”.³

K. es un personaje denostado, la muestra es su paralelismo con Barnabas y su familia, quienes también han sufrido el yugo de la administración, viviendo en una constante exclusión del pueblo y del castillo, buscan la reconciliación y se enfrentan a la permanente negación de los funcionarios:

tanto K. como la familia han sido incapaces de comprender adecuada y oportunamente lo que la administración esperaba de ellos. Frente a tal incapacidad la administración ha reaccionado de forma especialmente severa y arbitraria, dejándolos al margen de la vida del pueblo y del castillo.⁴

En ocasiones, la bruma que siente K. alrededor del castillo le hace parecer una construcción imaginaria, desde los límites de la aldea solo puede ver una pequeña parte de la estructura, esta cambia si se aleja o se acerca de la construcción, ¿es el castillo real o son murallas imaginarias construidas en su mente? El castillo solo se puede delinear a partir de la confusa maquinaria burocrática, K. se enfrenta constantemente a una serie de mensajeros, secretarios y funcionarios enviados desde el castillo, quienes transmiten la poca información a los poblado-

res de la aldea y les recuerdan que el castillo continúa al pie de la montaña; pero para K. siempre será inaccesible: “¿Cuándo podrá ir mi señor al castillo? ‘Nunca’, fue la respuesta.”⁵

Parecería que el castillo es una extensión de la realidad del personaje, un cerco de incomunicación que también refleja su relación con los aldeanos, ya que la edificación es un espacio cerrado, la comunicación es unilateral y poco sabemos de lo que hay adentro, como del propio K., no se sabe de dónde viene, de lo que realmente hace en su oficio y de lo que piensa de sí mismo. K. es un enigma, al igual que la construcción erigida sobre la aldea.

Por otra parte, el castillo también simboliza la jerarquía social, hay una diferencia muy clara y marcada entre los que están adentro y los que están afuera del castillo: el poder está adentro, resguardado, inaccesible; K. está afuera, confundido y tratando de entender cuáles son las instrucciones que debe seguir para realizar su trabajo. Esta jerarquía, representada en el escalón más alto por el Conde de Westwest, critica lo agotador que es tratar de comprender cómo funciona el sistema, un sistema manejado siempre a puertas cerradas: “según un viejo proverbio, las puertas de los secretarios deben estar siempre abiertas. Sin embargo, no tendrían que tomárselo tan al pie de la letra.”⁶

³ *Ibid.*, p. 319.

⁴ Roberto Chacana Arancibia, “El castillo, de Kafka (o el fracaso de la familia). *Universum*, 30, 2 (2015), p. 39.

⁵ F. Kafka, *op. cit.*, p. 35.

⁶ *Ibid.*, p. 281.



Es pues la arquitectura del castillo la que materializa las ideas de la burocracia en un sentido existencial, es decir, la burocracia como algo irracional y absurdo, capaz de destruir a los hombres y sus ideales. K. llega a la aldea tratando de llevar a cabo su trabajo de agrimensor, pero conforme avanza la historia, se ha ido implicando y perdiendo cada vez más en las actividades de la taberna, parecería que se ha vuelto un mozo y ha sido absorbido por un mundo que rechaza su existencia, pero se beneficia de él.

Si bien el personaje de K. nunca se da por vencido y busca relacionarse para poder tener acceso al castillo, a lo largo de toda la novela no dejará de ser el extranjero, el huésped incómodo, el agrimensor indeseable. Hay un rechazo constante hacia el sujeto que llega a tratar de medir un ambiente que le es ajeno y que posee todavía su individualidad, que bajo el poder del castillo no

puede ser aceptada. Ese mundo *kafkaiano* refiere a un lenguaje de la incomunicación, es la metáfora de la burocracia, ambiente sujeto a poderes simbólicos de opresión que busca la despersonalización de los sujetos.

En el acontecer humano universal, K. podría ser en la actualidad perfectamente aquel que solicita una licencia, alguien que requiere al poder judicial o una persona en movilidad. Una representación de la situación de los migrantes, apostados a una integración que la burocracia y las leyes complejizan para mantenerlos al margen de un espacio que no los desea. K. busca medir los límites, pero para lograrlo debe primero superar unas fronteras insalvables, dominadas por una política incomprensible, en la que el castillo es, y será siempre, inaccesible al extranjero. Para Kafka, la burocracia es excluyente, dictatorial y unilateral y se edifica como *El castillo*.



Rocío Sáenz, *Sin título*, 2022 (detalle).